

EL JUEGO DE SATURNO



1981
Nebula (novela corta)
1982
Hugo (novela corta)

Poul Anderson

Un imaginativo juego de rol proporciona un alivio para la tripulación durante el largo viaje a Saturno. Sin embargo, su mundo imaginario se empieza a confundir, peligrosamente, con el real, cuando un equipo comienza la exploración de una de las lunas de Saturno.

Nota del editor digital

El prefacio de la obra que a continuación se presenta, pertenece a la recopilación de *Los premios Hugo 1980-1982* (8.º volumen de la serie), de la cual se ha sacado esta novela corta de Anderson y está escrito por el recopilador de la misma, Isaac Asimov.

Se ha eliminado el párrafo donde refiere la sinopsis de la obra, dado que es el que se ha utilizado para ese apartado en esta edición.

PREFACIO

Prometí en el séptimo volumen que Poul aparecería de nuevo en este. De momento mantiene su récord de aparecer en cada uno, y hasta ahora ha recibido nada menos que siete Hugo en las categorías de relato corto, más que cualquier otro escritor. Felicidades, Poul.

Tengo la sensación de que cada uno de los buenos relatos escritos por un escritor de ciencia-ficción que domine su oficio, tiene una lección que enseñarle a quien se interese seriamente por el género. En este, según mi opinión, hay dos lecciones relacionadas entre sí.

La primera es lo difícil que resulta anticipar las hazañas de la ciencia y la tecnología, incluso para los escritores de ciencia-ficción (que en esos temas suelen superar a casi todos los demás). Mi ejemplo favorito de costumbre es que los escritores de ciencia-ficción llevaban anticipando la televisión por lo menos desde 1911, cuando Hugo Gernsback escribió sobre ella, o los viajes a la Luna en un sentido moderno desde 1855, cuando Julio Verne escribió sobre ellos, pero ningún escritor de ciencia-ficción, que yo sepa, supo ver la consecuencia auténtica de esas dos invenciones y llegó a combinar las dos ideas de modo que describiera el primer paso sobre la Luna siendo observado —en vivo— por centenares de millones de personas en la Tierra mediante la televisión.

Ahora tengo un ejemplo posterior. Por lo que yo sé, ningún escritor de ciencia-ficción anticipó los nuevos juegos contemporáneos, el fenómeno de Dragones y Mazmorras y

menos aún los juegos de vídeo que surgieron de la nada y que se han convertido en una industria que mueve miles de millones de dólares prácticamente de la noche a la mañana.

Por raro que parezca, me acerqué bastante a ello. Esto es lo que escribí en un artículo titulado «Mi Parque de Diversiones del Futuro», y en el número de *Seventeen*, correspondiente a julio de 1973.

«... podría haber nuevos juegos que simularan maniobras efectuadas en el espacio. Podría tenerse la oportunidad de sentarse ante un panel de control y dirigir rayos láser de poca potencia a naves espaciales enemigas, y cuando se les acertara, estas podrían dar la impresión de que estallan en pedazos».

Justo en el blanco con, como mínimo, media década de anticipación... y no se me ocurrió escribir un relato en el cual figurara esta imagen.

Naturalmente es más fácil después de que ha ocurrido pero, por otro lado, Poul hizo con ello un trabajo mejor del que probablemente habría hecho yo.

La segunda lección es que resulta innecesario preocuparse por la pérdida de conceptos con los cuales se había encariñado la ciencia-ficción. ¿Dónde están los océanos de Venus, el lado iluminado de Mercurio, los canales de Marte, los satélites convertidos en lugares habitables por el calor de Júpiter y Saturno? ¡Desaparecidos! ¡Perdidos! ¿Y acaso ello no contribuye a destruir la posibilidad de escribir historias? ¡Jamás! Por cada error destruido se establece un nuevo hecho más cercano a la verdad y por cada truco argumental que desaparece se crea uno mejor.

Aquí tienen una historia sobre *Japeto*, ese extraño satélite bitonal de Saturno, uno de cuyos hemisferios es oscuro y rocoso en tanto que el otro es blanco y está cubierto de glaciares. Esto no se debe a la imaginación, ha sido observado por las sondas *Voyager*. (De momento los astrónomos

no tienen ninguna explicación adecuada para ese efecto bitemporal). Qué bueno resulta tener una situación de la que puede surgir un relato que antes no podría haber sido escrito de ese modo y saber, a medida que lo escribes, que estás siendo tan realista como puedes. Y qué bueno tener un misterio que podrías resolver en otro relato.

ISAAC ASIMOV

1NO

SI ALGÚN día queremos entender lo que sucedió, objetivo vital para evitar que vuelva a suceder esta y peores tragedias en el futuro, debemos empezar a olvidarnos de las acusaciones. Nadie cometió un descuido, no hubo fallos. Ya que, ¿quién hubiera podido prever lo que ocurrió o tan siquiera reconocer la naturaleza de lo acontecido, antes de que fuese demasiado tarde?

En lugar de ello, deberíamos apreciar el espíritu con el que aquellas personas, una vez lo hubieron conocido, lucharon contra el desastre, tanto interno como externo. El hecho es que hay varios umbrales de realidad y que las cosas situadas a un lado de ellos son distintas de las situadas al otro. La Cronos cruzó algo más que un abismo: cruzó uno de los umbrales de la experiencia humana.

Francis L. Minamoto.

*De la muerte bajo Saturno: una opinión discrepante.
(Comunicaciones de la Universidad Apolo, Leyburg, Luna,
2057).*

LA CIUDAD DE HIELO se encuentra ahora en mi horizonte —dice Kendrick. Sus torres arden con un resplandor azul—. Mi grifo despliega sus alas para planear —«El viento silba

por entre sus grandes plumas centelleantes de todos los colores del arco iris. Su capa aletea sobre sus hombros; el aire penetra a través de su cota de malla envolviéndole en un abrazo helado»—. Me inclino y te busco con la mirada. —En su mano izquierda el peso de su lanza, le desequilibra levemente. La punta de la lanza emite pálidos destellos gracias a la luz de la luna que Wayland Smith aprisionó a martillazos en el acero.

—Sí, veo al grifo —le dice Ricia—, como un cometa en el cielo, lejos, más arriba de los muros del patio. Salí corriendo al pórtico para verlo mejor. Un centinela intentó detenerme, agarrándome por la manga, pero yo desgarré de un tirón la seda de araña y salí al exterior —«El castillo de los elfos oscila como si el hielo con el que ha sido esculpido estuviera convirtiéndose en humo»—. ¿Eres tú de verdad, querido mío? —grité apasionadamente.

—¡Espera, no te muevas! —le advierte Alvarlan desde su cueva de arcanos a diez mil leguas de distancia—. Envío a tu mente el mensaje de que si el rey sospecha que se trata de *sir* Kendrick de las Islas, invocará un dragón contra él, o hará perderse tu espíritu en un lugar donde no hay oportunidad alguna de rescatarlo. Vuelve, princesa de Maranoa. Finge creer que solo es un águila. Arrojaré un hechizo de fe sobre tus palabras.

—Me mantengo en alto —dice Kendrick—. A no ser que el rey de los elfos utilice una piedra de videncia, no podrá darse cuenta de que esta bestia lleva un jinete. Desde aquí espíaré la ciudad y el castillo.

¿Y después? No lo sabe. Solo sabe que debe liberar a la princesa o morir en el empeño. ¿Cuánto tiempo necesitará para ello? ¿Y cuántas noches más tendrá ella que yacer entre los brazos del rey?

—Creía que tu deber era observar a Japeto —le interrumpió Mark Danzig.

Habló con un tono tan seco, que los otros tres se pusieron repentinamente en guardia. Jean Broberg se ruborizó

de vergüenza, Colin Scobie de ira. Pero Luis Garcilaso sonrió, se encogió de hombros y volvió su mirada hacia la consola de pilotaje ante la cual estaba sujeto por sus arneses. Durante un segundo el silencio llenó la cabina, únicamente iluminada por la radiación del universo.

Para facilitar la observación todas las luces habían sido apagadas, dejando solo el tenue brillo de algunos instrumentos de pilotaje. Las portillas que daban al sol estaban cerradas. En todas las demás se apiñaban las estrellas. Eran tantas y tan brillantes, que casi absorbían toda la oscuridad que las rodeaba. La Vía Láctea era una catarata de plata. Por una de las portillas se veía a Saturno en mitad de una fase, con el lado diurno de un color oro pálido, en el que destacaban las ricas franjas de sus anillos enjoyados, y el lado nocturno relucía pálidamente con el brillo de las estrellas sobre las nubes. Saturno era tan grande a la vista como la Tierra lo es a la Luna.

Más adelante estaba Japeto. Mientras orbitaba el satélite la nave espacial iba girando para mantener un constante campo visual. Había cruzado ya la línea del amanecer, que se encontraba ahora a la mitad del hemisferio más cercano. Al girar, había quedado atrás la árida superficie cubierta de cráteres, y ahora pasaban sobre una extensión de glaciares iluminados por el sol. La blancura del hielo les deslumbraba con sus destellos y emisiones de color, y fantásticas imágenes que se alzaban hacia el cielo: circos, desfiladeros y cavernas llenas de un resplandor azul.

—Lo siento —murmuró Jean Broberg—. Es demasiado hermoso, increíblemente hermoso y... es casi igual que el sitio al que nos había llevado nuestro juego.

Aquello nos cogió a todos por sorpresa y.

—¡Bah! —dijo Mark Danzig—. Ya teníais una idea bastante aproximada de lo que se esperaba, por eso habéis llevado el juego hacia una meta parecida. No intentes darme otra explicación. Llevo ocho años viendo esto.

El giro y la gravedad eran tan leves que cuando Colin Scobie se puso a agitar las manos con cierto salvajismo, su brusco movimiento le hizo salir volando por el aire a través del pequeño espacio de la cabina. Logró sujetarse a una abrazadera un segundo antes de chocar con el químico.

—¿Estás diciendo que Jean es una mentirosa? —gruñó.

Normalmente, Colin estaba casi siempre de buen humor y sabía gastar bromas. Quizá por eso ahora daba una impresión repentinamente amenazadora. Era un hombre corpulento, de pelo rubio y de algo más de treinta años: su mono no disfrazaba sus músculos, y su ceño fruncido hacía resaltar todavía más la dureza de sus rasgos.

—¡Por favor! —exclamó Broberg—. Nada de peleas, Colin.

El geólogo se volvió a mirarla. Jean era delgada y de rasgos finos. Tenía cuarenta y dos años y, a pesar del tratamiento de longevidad en su cabello castaño tirando a rojizo, que le caía sobre los hombros, aparecían ya unas hebras grises, y alrededor de sus grandes ojos grises se dibujaba una redecilla de arrugas.

—Mark tiene razón —dijo con un suspiro—. Estamos aquí por la ciencia, no para soñar despiertos —Alargó la mano hasta tocar el brazo de Scobie, y dijo sonriendo tímidamente—: Sigues aún lleno de tu Kendrick, ¿verdad? Galante, protector —Se detuvo antes de terminar. Su voz se había hecho más rápida, dejando traslucir una más que considerable presencia de Ricia. Se tapó los labios con la mano y volvió a ruborizarse. Se le escapó una lágrima que empezó a brillar, impulsada por las corrientes de aire. Luego, con un visible esfuerzo, logró reír—. Pero solo soy Broberg, doctora en física, esposa del astrónomo Tom y madre de Johnnie y Bily.

Sus ojos se volvieron hacia Saturno, como buscando la nave donde la esperaba su familia. Podría haberla distinguido como una estrella que se movía entre las demás mediante su vela solar. Sin embargo, ahora la vela estaba arria-

da y ningún ojo humano sin ayuda podía distinguir ni siquiera el enorme casco de la Cronos a millones de kilómetros de distancia.

—¿Qué hay de malo en que sigamos con nuestra pequeña *commedia dell'arte*? —preguntó Luis Garcilaso desde su asiento de piloto. Su acento de Arizona resultaba tranquilizador—. Todavía nos falta un poco para posarnos, y hasta entonces todo va automáticamente.

Luis era pequeño, moreno, muy vivaz y estaba a punto de cumplir los treinta.

La piel apergaminada de Danzig se arrugó al fruncir ligeramente el ceño. Seguía manteniéndose delgado y ágil a los sesenta años gracias a sus costumbres y al tratamiento; era capaz de bromear con las arrugas y con la amenaza de la calvicie. Pero ahora había decidido dejar de lado el humor.

—¿Queréis decirme que no sabéis de qué hablo? —Su nariz, parecida al pico de una rapaz, se volvió hacia el cristal de la pantalla que aumentaba el paisaje del satélite— ¡Dios Todopoderoso! Vamos a entrar en contacto con un mundo nuevo ahí abajo, es pequeño pero es un mundo, y habrá en él cosas tan extrañas que ahora no podemos ni imaginarlas. Antes de nosotros, aquí solo ha estado una sonda automática que pronto dejó de emitir y otra sonda que pasó bastante lejana. No podemos confiar solo en los medidores y en las cámaras. Tenemos que usar nuestros ojos y nuestros cerebros —se volvió hacia Scobie—. Tú deberías saberlo, Colin, aunque nadie más lo entienda. Ha trabajado en la Luna y en la Tierra. Y a pesar de todas las instalaciones y todos los estudios que ya se han llevado a cabo, ¿acaso no te encontraste jamás con alguna sorpresa desagradable?

El hombretón había recobrado la calma. Ahora en su voz solo quedaba una suavidad que hacía pensar en las tranquilas montañas de Idaho de las que procedía.

—Cierto —admitió—. Cuando estás fuera de la Tierra nunca se puede decir que tengas demasiada información,

en realidad, nunca tienes la suficiente —Hizo una pausa—. Sin embargo, la timidez puede ser tan peligrosa como la temeridad, y no quiero decir que tú seas tímido, Mark —se apresuró a explicar—. Desde luego que no, después de todo tú y Rachel podríais estar ahora en una preciosa colonia orbital de O'Neil viviendo de una excelente pensión.

Danzig se relajó y sonrió.

—Si se me permite ser algo pomposo, os diré que esto era un desafío. Lo cierto es que queremos volver a casa cuando hayamos terminado con esto. Deberíamos llegar a tiempo para el *barmitzvahg* de uno o dos tataranietos. Y para ello debemos seguir con vida.

—Lo que pretendo explicar —dijo Scobie—, es que si os dejáis manejar como reses puede que terminéis en un lío peor que si... Oh, no importa. Probablemente tienes razón, quizá no debimos elucubrar con tantas fantasías. El espectáculo nos encandiló. No volverá a suceder.

Pero cuando los ojos de Scobie se volvieron nuevamente hacia el glaciar, en ellos no había precisamente la falta de pasión del científico. Tampoco la había en los de Broberg o Garcilaso. Danzig golpeó la palma de su mano con el puño.

—El juego, el maldito juego infantil —murmuró en voz baja para que sus compañeros pudieran oírle—. ¿Acaso no era posible encontrar algo más sensato para ellos?

DO2

¿ACASO no era posible encontrar algo más sensato para ellos? Quizá no.

Si debemos responder a esa pregunta, antes deberíamos revisar algo de historia. Las primeras operaciones industriales que se hicieron en el espacio ofrecieron una esperanza de salvar a la civilización y a la Tierra de la ruina.

Evidentemente antes de que se pudiera explotar los planetas, era necesario tener la mayor cantidad posible de datos sobre ellos. El trabajo empezó con Marte, el planeta menos hostil. Ninguna ley natural prohibía enviar más lejos pequeñas naves tripuladas. Lo que sí prohibía era el inevitable derroche de tanto combustible, tiempo y esfuerzo para que solo tres o cuatro personas pudieran pasar unos días en un lugar determinado.

La construcción de la *Peter Vajk*, fue la que más tiempo consumió y la más costosa. Pero todo eso fue compensado cuando la nave, que era virtualmente una colonia, extendió su inmensa vela solar y llevó a mil personas hasta su destino en medio año y en unas condiciones de comodidad muy relativas. Los beneficios empezaron a ser inconmensurables cuando, desde su órbita, lanzaron hacia la Tierra los minerales de Fobos ya tratados que no les hacían falta para sus propósitos. Esos propósitos, por su-

puesto, incluían un estudio auténticamente concienzudo y a largo plazo del planeta Marte, así como el lanzamiento de naves auxiliares para estancias cada vez más prolongadas, en toda la superficie del planeta.

Basta con recordar todo esto; no es necesario recrearse en los triunfos que cosechó esta idea básica en todo el área del sistema solar hasta Júpiter. La tragedia de la *Vladimir* se convirtió en una razón para probar de nuevo con Mercurio y, de un modo políticamente disimulado, obligó al consorcio británico-norteamericano a crear su proyecto *Cronos*.

El nombre que le dieron a la nave era mucho más adecuado de lo que sospechaban. El trayecto hasta Saturno requería ocho años.

No solo los científicos debían ser gente sana y de mentalidad brillante, también los tripulantes, los técnicos, médicos, profesores, agentes del orden, clérigos y encargados de las distracciones. Cada uno de los elementos que componían la comunidad cerrada debían serlo. Cada uno debía poseer más de una habilidad, para casos de emergencia, y debía mantenerlas vivas mediante prácticas regulares y tediosas. El medio ambiente era limitado y austero; la comunicación con el hogar pronto quedó reducida a lo que podían transmitir los haces de partículas; y quienes habían sido personas cosmopolitas se encontraron confinados a lo que, en suma, era una aldea aislada. ¿Qué podían hacer con su tiempo?

Tenías unas tareas asignadas. Proyectos cívicos, en particular aquellos destinados a mejorar el interior de la nave. Luego estaba la investigación, escribir un libro, el estudio de un tema, los deportes, los clubes de *hobbies*, las empresas de servicios y artesanías y otros tipos de relación aún más privados. Había una amplia selección de cintas de vídeo pero

el control central solo permitía usar los aparatos tres horas al día. No se podía correr el riesgo de que la pasividad se convirtiera en costumbre.

Los individuos protestaron, se pelearon, formaron y disolvieron camarillas, matrimonios o relaciones menos explícitas, engendraron ocasionalmente descendencia y la educaron, adoraron, se burlaron, aprendieron, anhelaron y, en su mayor parte, hallaron una razonable satisfacción en la vida que tenían. Pero para algunos, donde se incluía un gran número de los más dotados, la única diferencia entre esa vida y la miseria más absoluta, eran sus psicodramas.

Minamoto.

El AMANECER fue arrastrándose por encima del hielo hasta llegar a la roca. La luz era al mismo tiempo tenue y áspera, pero era suficiente para darle a Garcilaso las últimas referencias que necesitaban para el descanso.

El siseo del motor se fue apagando. El casco resonó con un golpe sordo, los soportes de aterrizaje se nivelaron y luego reinó la calma y el silencio. La tripulación siguió callada durante un tiempo. Estaban contemplando Japeto.

Les rodeaba una desolación como la que reina en la mayor parte del sistema solar. Una llanura en tinieblas se curvaba visiblemente hacia un horizonte que, cuando uno estaba de pie parecía que se encontraba apenas a tres kilómetros de distancia; subiendo un poco más por la cabina se podía ver hasta una distancia mayor, pero eso solo conseguía hacer aún más aguda la sensación de hallarse en una bola minúscula que giraba entre las estrellas. El suelo estaba cubierto por gravilla y una delgada capa de polvo cósmico, aquí y allá se veía un pequeño cráter o una masa de roca que se había deslizado del regolito arrojando largas sombras, afiladas como cuchillos y de una negrura ab-